sin saber que lo sabemos...En nuestra infancia experimentamos, sin haber conocido realmente, un poder que ahora podemos calificar de criminalidad integral, un poder que, paradójicamente, hasta puede decirse que estaba sano, que gozaba de buena salud: desde luego, siempre con respecto al delito, y comparándolo con este poder esquizofrénico de ahora. La criminalidad de aquel poder se basaba sobre todo en no admitir ninguna otra fuera de la propia, glorificada y condecorada con todos los adornos...Ni que decir tiene que entre la esquizofrenia y la buena salud me quedo con la primera, y creo que usted también. Pero hay que tener en cuenta esa esquizofrenia si se quieren explicar algunas cosas que, si no, resultan inexplicables. Como también hay que tener en cuenta la estupidez, la pura estupidez, que a veces se introduce en ella y la domina. Hay un poder visible, nombrable, enumerable; y hay otro, no enumerable, sin nombre, sin nombres, que nada por debajo de la superficie...El poder visible lucha contra el sumergido, y sobre todo cuando éste se atreve a emerger valientemente, es decir en forma violenta y sanguinaria, pero de hecho lo necesita. Espero que sabrá perdonarme esta modesta filosofía, pero es la única que tengo, en lo que al poder se refiere.

-De modo que cabe sospechar que existe una constitución no escrita cuyo primer artículo rezaría: *la seguridad del poder se basa en la inseguridad de los ciudadanos.*

-De todos los ciudadanos: incluidos los que, al difundir la inseguridad, se creen seguros...Y ahí está la estupidez de que le hablaba.

-Así que estamos atrapados en una *sotie*...* Pero volviendo a los hechos que nos ocupan: aunque los periódicos no las hayan mencionado, supongo que sabe que en aquel banquete Aurispa y Sandoz intercambiaron, como por juego, unas notas...¿Qué piensa de eso?

-Creo que es un hecho que tiene su importancia pero que, de momento, no puede interpretarse adecuadamente. Porque es ambiguo, y su ambigüedad sólo puede eliminarse si se sabe qué papel desempeñó Aurispa en esta historia...Si actuó como protagonista, en el nivel decisorio, habrá calculado que lo de las notas le permitiría salir en seguida de la escena, que es lo que ha ocurrido; si en cambio actuó como auxiliar, hasta cabe la posibilidad de que no estuviese informado del momento en que sucederían las cosas, y por tanto de que ese juego fuese casual, de que se haya tratado de una coincidencia fortuita y, al fin y al cabo, afortunada.

-Yo me inclinaría por la hipótesis de que actuó en el nivel decisorio.

-Puede ser, puede ser...-dijo Rieti, pero sonó a cortesía. Era evidente que sabía algo más: o creía saberlo. Pero no convenía insistir en ello, de modo que el Vice se limitó a decir:

-Una última pregunta, quizá la más indiscreta que pueda hacerle: en sus funciones, en sus, digamos, tareas -ya no se trataba de alusiones: había llegado la hora de la verdad incluso para la relación, de conocimiento o de amistad, que existía entre ellos-, ¿qué asuntos le interesan más? ¿Los que manejaba Sandoz hasta ayer, o los que maneja Aurispa?

-Lamentablemente, los de ambos; aunque más los que hasta ayer, como usted dice, manejaba Sandoz -dijo Rieti con una expresión en la que el asco que sentía por esos asuntos se mezclaba, quizá con el asco que sentía por sí mismo.

***

* En francés en el original. Sotie es el género dramático francés de frase, o sátira, de los siglos XIV y XV (N. del T.)

Cuando regresó, el edificio zumbaba como una colmena enloquecida. habían cogido a un hijo del 89 mientras estaba telefoneando. Uno de esos casos que rayan en lo inverosímil. Un sordomudo que estaba sentado en un banco de una plazuela suburbana frente al cual, a unos tres o cuatro metros, había una cabina telefónica; dentro había un joven que, con evidente nerviosismo y dándose la vuelta a cada momento, hablaba. Para una persona cualquiera habría sido como contemplar a un pez en un acuario, pero no para un sordomudo habituado a captar la muda aparición de las palabras en los labios. En los del joven que estaba telefoneando leyó una docena de veces *hijos del ochenta y nueve* y a menudo las palabras *revolución y virtud*. El sordomudo tenía en sus manos un periódico que precisamente hablaba de Los hijos del 89, y en el bolsillo una de esas plumas que escriben grueso, de tinta roja. Escribió en el periódico «hijo del 89, cabina telefónica» y salió en busca de un guardia. Encontró a uno de la guardia urbana que aunque llevaba una pistola colgada del cinturón, era el menos idóneo para encargarse de aquella operación. En efecto, al leer el mensaje el guardia se asustó; trató de no tomarla en serio, de bromear, de despedirse del sordomudo dándole un palmadita en la mejilla, pero como éste insistió con gestos excitados y dramáticos, el guardia se dejó guiar hasta la cabina.

El joven permanecía allí, y seguía hablando: estaba resumiéndole al encargado de la centralita de un periódico -quien tenía instrucciones de alargar la conversación cuando recibía de ese tipo de llamadas -un capítulo de *La Revolución Francesa* de Mathiez, que acababa de leer. Como no recordaba que, por larga que fuese la llamada, la policía hubiera logrado detener jamás a un comunicante implicado en delitos de terrorismo o de secuestro de persona, se sentía, pese a los nervios, seguro. El guardia esperó, oculto detrás del tronco de una magnolia, a que colgase; después se situó silenciosamente a sus espaldas y con fuerza, para que pudiera reconocerla de inmediato, apoyó la pistola justo encima de la cintura: por suerte para el hijo del 89 y para él mismo, se le había olvidado quitar el seguro. Y así, seguido por el sordomudo, lo condujo hasta la comisaría más cercana, que tampoco estaba tan cerca, por lo que se fue juntando gente que empezó a seguirlos -antes de llegar a su destino ya eran una manifestación- y a la que en varias ocasiones el guardia se vio obligado a explicar que se trataba de un presunto hijo del 89; sin olvidar nunca, conforme a la ley, lo de presunto, que como sabe todo el mundo, en el lenguaje periodístico usual es sinónimo, en cambio de culpabilidad probada. En determinado momento, incluso, al oír los gritos de la multitud a sus espaldas, llegó a sudar frío por miedo a que optaran por la justicia expeditiva frente a la justicia lenta, y quizá también a salir maltrecho, por verse obligado a defender la justicia lenta.

Llegaron a la comisaría sin novedades: allí metieron a los tres -al hijo del 89, al guardia y al sordomudo- en un coche celular y se les llevaron a la jefatura.

Ahora el joven estaba en el despacho del Jefe. Había tratado de negar el contenido de la llamada, pero allí estaba el sordomudo, dispuesto implacablemente a escribir su texto, aunque con algunas lagunas. Al final el joven lo admitió, pero dijo que se trataba de una broma. No era todavía la verdad, porque con esa llamada había intentado introducirse entre Los hijos del 89, o presentar su candidatura; pero ya se tratase de una broma o de un gesto maniático de autoafirmación, bastaba con mirarlo para darse cuenta de que no había tenido nada que ver con el asesinato del abogado Sandoz. Eso pensó el Vice tan pronto como entreabrió la puerta del despacho del jefe. El chaval estaba hecho polvo; pero el Jefe, como si una aureola rodease su maciza cabeza, irradiaba esa felicidad mezclada con fatiga que exhibe el corredor cuando ha logrado llegar primero a la meta.

Cautelosamente, volvió a cerrar la puerta, a cuya rendija se habían precipitado las miradas ávidas y frenéticas de los cronistas que abarrotaban el pasillo. Entre ellos, exacerbado y echando espuma como un pura sangre que hubiese ido a parar a la cuadra de los rocines, estaba el Gran

Periodista. Sus artículos, que alimentaban semanalmente a los moralistas exentos de toda moral, le habían valido fama de duro, de implacable, fama que contribuía mucho a aumentar su precio para quienes se veían en la necesidad de comprar desinterés y silencio.

Cuando el Vice se dirigía a su despacho, el Gran Periodista lo detuvo para pedirle una entrevista: breve, muy breve, insistió en precisar. El Vice hizo un gesto más de resignación que de asentimiento; de la turba que los rodeaba se alzó un murmullo de protesta.

-En un asunto privado -dijo el Gran Periodista; de la turba brotaron los incrédulos e irónicos: «¿cómo no?» «desde luego », «si está claro» .

En el despacho sentados frente a frente -entre ambos el escritorio abarrotado de papeles, libros y cajetillas-, se estudiaron en silencio con aire desconfiado, como para ver quién era capaz de estarse callado más tiempo: el Gran Periodista extrajo una libreta de un bolsillo, y un lápiz de oro.

El Vice levantó el índice de la mano derecha y trazó un lento y definitivo no.

-Era sólo un gesto, un tic profesional... Sólo quiero hacerle una pregunta, y no espero que la responda.

-¿Entonces para qué hacérmela?

-Porque ni usted ni yo somos imbéciles.

-Gracias...Pasemos a la pregunta

-Esta historia de Los hijos del ochenta y nueve, ¿la habéis inventado vosotros o la habéis recibido ya empaquetada?

-Pues se la responderé: no la hemos inventado nosotros.

-¿O sea que os la han entregado llave en mano?

-Quizás...Es lo que sospecho, pero no pasa de ser una sospecha.

-¿También su Jefe?

-Creo que no; pero no estaría de más que se lo preguntase.

Ahora el Gran Periodista tenía una expresión de desconfianza, de perplejidad. Dijo:

-Esperaba que no respondiera a mi pregunta, pero la ha respondido; que negase mi sospecha, pero le ha añadido la suya. ¿Qué está pasando? -Su mente, se le leía en la cara, era un complejo mecanismo de exclusiones, correcciones, retrocesos y atascos-. ¿Qué está sucediendo? -repitió angustiosamente.

-Yo diría que nada -y para ofenderlo, añadió-: ¿Ha oído hablar alguna vez del amor a la verdad?

-Vagamente -lo dijo con una ironía desdeñosa, como si aceptar cínicamente la ofensa fuese la única reacción posible: desde arriba, ante sú interlocutor de tan bajo nivel.

El Vice corroboró con un «ya veo, ya veo», Y agregó:

-De todas formas espero leer mañana un artículo suyo con todas las sospechas y dudas que, a título de opinión personal, acabo de confirmarle.

El Gran Periodista estaba rojo de ira. Dijo:

-Sabe muy bien que no lo escribiré.

-¿Por qué tendría que saberlo? ¡Aún tengo tanta fe en la especie humana!

-Estamos en la misma barca -un relámpago de renuncia, de fatiga, atravesó su ira.

-No lo crea: yo ya he desembarcado en una isla desierta.

***

Aquella conversación lo había puesto nervioso, pero el dolor se había alejado: estaba agazapado como un animal -pequeño, feroz, inmundo- en un solo punto de su cuerpo, de su ser. Por tanto, a partir de la última frase de aquella conversación, podía soñar con la isla desierta, como si la estuviese buscando en un mapa impulsado por una antigua fantasía, una antigua memoria, en la medida en que se le habían vuelto antiguas algunas cosas de la infancia, de la adolescencia. *La Isla del Tesoro:* una lectura, como había dicho alguien, que era lo más parecido a la felicidad que cabía encontrar. Pensó: esta noche lo releeré. Pero lo recordaba con precisión, puesto que lo había releído muchas veces en aquella edición vieja y fea que le habían regalado hacía tanto tiempo. En sus traslados de una ciudad a otra, de una casa a otra, había perdido muchos libros, pero no ése. Editorial Aurora: papel amarillento, que al cabo de tantos años parecía haber absorbido y decolorado la letra impresa; en la cubierta, burdamente coloreado, un fotograma de la película; que era en blanco y negro, con un Jim Hawkins más bien melindroso y anodino, y un Wallace Beery inolvidable. Inolvidable también Pancho Villa: después de haber visto esas películas ya era imposible leer el libro de Stevenson o el de Guzmán sobre la revolución mexicana sin que los personajes se presentasen con el físico, los gestos y la voz de Wallace Beery. Pensó en lo que había significado el cine para su generación: se preguntó si podía compararse con sus efectos en la nueva generación, o si la televisión, ese cine empequeñecido, y para él insoportable, podía tener efectos similares.

Regresó a la isla. Y apareció otro personaje: Ben Gunn. Su mente se movía con la misma libertad que si estuviese de vacaciones, dedicada sólo a vagar, y de Ben Gunn, por un detalle que recordó de pronto, pasó a reflexionar sobre la ciencia de la publicidad que inundaba el mundo. También los productos de queso parmesano debían de pagar la ciencia de la publicidad: pero a esa ciencia nunca se le había ocurrido pensar en la tabaquera del doctor Livesey. Imaginó el anuncio que hubiera podido insertarse a toda página: el doctor Livesey ofreciendo su tabaquera abierta: dentro, un trozo de parmesano: ofreciéndosela a los consumidores, como en el relato a Ben Gunn, que se volvía loco por los quesos. «Un queso nutritivo que se fabrica en Italia», decía el doctor, o algo por el estilo.

Entretanto contemplaba *El caballero, la muerte y el diablo.* Quizá Ben Gunn, a juzgar por la forma en que lo describía Stevenson, se pareciese un poco a la muerte de Durero; y hasta le pareció que la muerte de Durero adquiría un reflejo grotesco. Siempre lo había inquietado un poco el aspecto cansado de la muerte, como si quisiese indicar el cansancio, la lentitud con que llegaba cuando ya se estaba cansado de la vida. Cansada la muerte, cansado su caballo: nada que ver con el caballo de *El triunfo de la muerte* o del *Guernica.* Y la muerte, a pesar de los amenazadores oropeles de las serpientes y la clepsidra, daba más una imagen de mendicidad que de triunfo. «La muerte se va pagando con la vida». Una muerte mendicante, que se mendiga. En cuanto al diablo, también cansado, era un diablo demasiado horrible para resultar convincente. Valiente coartada en la vida de los hombres: hasta tal punto, que en aquel momento estaban tratando de devolverle la fuerza perdida: terapias de choque teológicas, reanimaciones filosóficas, prácticas parapsicológicas y metapsíquicas. Pero el diablo estaba tan cansado que prefería dejarlo todo en manos de los hombres, más eficaces que él. Y el caballero: ¿adónde iba con aquella armadura, aquella firmeza, arrastrando al diablo cansado y negándose a pagar su óbolo a la muerte? ¿Lograría llegar hasta la inexpugnable fortaleza de allá arriba, la fortaleza de la verdad suprema, de la mentira suprema?

¿Cristo? ¿Savonarola? No, no. Quizá dentro de la armadura Durero sólo había metido a la verdadera muerte, al verdadero diablo, que era la vida convencida de que estaba a salvo: por aquella armadura, por aquellas armas.

En medio de esos pensamientos, aunque atravesados por una vena de incandescencia, de delirio, casi se había adormecido: de modo que el Jefe, al entrar dictaminó:

-Usted está realmente mal -desde que había percibido su decadencia, su sufrimiento, cuando tenía que hablarle no lo mandaba llamar: el Vice apreciaba esa delicadeza, aunque no sin una pizca de irritación.

-No tanto como quisiera -dijo el Vice: ya estaba despierto, pero también su dolor se había despertado.

-Pero, ¿qué dice? -Dijo fingiendo escándalo el Jefe, aunque hubiese comprendido perfectamente que el otro quería llegar al punto en que el malestar fuese tan intenso que no sintiera dolor alguno. Pero estaba demasiado contento como para dejarse abatir por otro pensamientos, así que dijo: -¿Ha visto? ¿Qué le parece?

-Pues sí- dijo el Vice saboreando lentamente la maldad-, algún castigo se merece: además de acusarlo de calumnia contra sí mismo, quizás habría que acusarlo de propagar noticias falsas con objeto de perturbar el orden público...

-Pero, ¿qué dice? -Y esa vez no se trataba de una pregunta retórica, sino de un grito salido de las entrañas.

-Digo lo que he dicho desde el primer momento: si nos prestamos al juego de Los hijos del ochenta y nueve, si de alguna manera contribuimos a crearlos, esta historia no acabará jamás, se cobrará otras víctimas, y otras más, y no sólo en forma de personas asesinadas, sino también de personajes como el que acaba de caer en sus manos.

-Pero, ¿qué dice? -repitió, ahora con tono lastimero y casi implorante-: lo que ha caído en nuestras manos es un eslabón de la cadena, y usted quiere que lo abandonemos como si careciese de valor.

-Tiene razón: el eslabón de una cadena. Sólo que se trata de una cadena de estupidez y de dolor, todo lo contrario de lo que usted supone... Tenga la paciencia de escucharme un momento...Este chaval seguirá negando hoy, y quizá también mañana, y durante una semana, o un mes: pero en determinado momento admitirá que formaba parte de una organización llamada Los hijos del ochenta y nueve, una organización revolucionaria, subversiva. Se declarará arrepentido, arrepentidísimo y, con nuestra ayuda, mencionará uno, dos, tres nombres de compañeros, de cómplices...No sé si los escogerá entre sus conocidos más simpáticos o más antipáticos: se trata de un mecanismo psicológico que habría que estudiar...Como quiera que sea, tendremos oros eslabones de la cadena...En estos momentos, como es fácil de imaginar, nuestros agentes están interrogando a profesores, bedeles, dueños de bares y gerentes de discotecas y sandwicherías, neologismo éste que me da repeluznos: una mezcla de «bocadillo» y «porquería». Los interrogan, por supuesto para obtener la mayor cantidad posible de nombres de personas con las que solía verse este joven...En caso de que, toquemos madera, se empeñase en no hablar, en no dar nombres, en no decir absolutamente nada, los interrogatorios nos proporcionarán tantos que nos bastará con elegir algunos al azar....

-Usted está realmente mal -dijo el Jefe, y luego, con tono afectuoso, compasivo, añadió-: Tómese unas vacaciones; uno o dos meses de excedencia. Tiene derecho; se las concedo enseguida, si quiere.

-Gracias. Lo pensaré.

***

-La morfina es agradable; hay que tomarla cuando ya no se puede más- le había advertido su amigo médico al entregarle la caja. Agradables los efectos de la morfina, sobre todo después del sufrimiento extremo. Cuanto más fuerte es la tormenta, más grata resulta la calma que sigue. *La calma después de la tormenta, El sábado de la aldea, El gorrión solitario, El infinito:* qué sentimientos grandes y profundos había revelado aquel poeta de feliz infelicidad, con absoluta sencillez, y quizá con imágenes triviales; qué huella indeleble en la memoria de los italianos que ahora podían considerarse viejos: desde los lejanos años de la escuela, y para el resto de la vida. ¿Aún lo leían en la escuela? Quizá sí; pero seguro que ningún chaval sabía sus versos de memoria. *Par coeur,* como decía la profesora de francés cuando distribuía las poesías de Victor Hugo, casi siempre de Victor Hugo. Aún las recordaba: *«Devant la blanche ferme où parfois vers midi Un vieillard vient s'asseoir sur le seuil attiédi », «Oh ¡ combien de marins, combien de capitaines Qui sont parti joyeux pour des courses lointaines, Dans ce morne horizon se sont évanouis..»*; y ésta ahora, más *par coeur* que nunca. ¡Qué expresión tan bella! Y la traducía «en el corazón, desde el corazón, para el corazón» De pronto descubría que era sentimental hasta las lágrimas. Pero con aquella frase sibilina, contradictoria, de gran sensibilidad, el médico solamente había querido sugerirle que evitara toda posibilidad de acostumbramiento.

Pero, ¿cuál es el punto en que no se puede más? Siempre lo desplazaba hacia adelante, como una meta: una meta de la voluntad que rivalizaba con el dolor. Y no por miedo al acostumbramiento, sino por un sentido de la dignidad al que contribuía el hecho de que durante gran parte de su vida se hubiera dedicado a defender la ley, sus impedimentos, sus prohibiciones. Sabía qué era la morfina en la farmacopea, en un hospital, en el maletín de un médico, en la cabecera de alguien que ha llegado al punto en que ya no se puede más, pero no lograba verla del todo en la luz de lo lícito, después de haberla visto durante tantos años en la sombra de la transgresión y del delito. La ley. Una ley, pensaba, aunque sea inicua, siempre es una forma de la razón: para lograr el fin de

extrema y definitiva iniquidad, los mismos que la han querido y que la han hecho están obligados a infringirla, a violaria. El fascismo también era eso: conculcar incluso sus propias leyes. Y el comunismo de Stalin también, o más aún.

¿Y la pena de muerte? Pero la pena de muerte no tiene nada que ver con la ley: supone consagrarse al delito, consagrarlo. Una colectividad siempre dirá, por mayoría, que es necesaria, precisamente porque se trata de una consagración. Lo sagrado, cualquier cosa que guardase relación con lo sagrado...El oscuro fondo del ser, de la existencia.

Pues sí, la morfina. Y se le ocurrió una idea curiosa, justamente una curiosidad: saber si en el año en que Tolstoi relataba la muerte de Ivan Ilich ya se conocía la morfina, ese uso de la morfina. ¿1885. 1886? Cabía pensar que ya se le conocía. Pero, ¿se reflejaba en el relato? Le parecía que no. Y eso le produjo una especie de consuelo: quizá Tolstoi había alejado la morfina de su personaje porque sentía lo mismo que él. Y pensando en el relato empezó a cotejarlo con su propia experiencia. La muerte como un quid, un quantum, que vagaba con la sangre, entre huesos, músculos y glándulas, hasta descubrir una pequeña explosión, un punto de fuego, una brasa, primero intermitente, después de dolor continuo y penetrante; y crecía, crecía hasta el punto en que el cuerpo parecía incapaz de contenerlo, hasta desbordarse y cubrir todo lo que había alrededor. Sólo el pensamiento era su enemigo, que lograba pequeñas, momentáneas victorias. Pero había momentos, largos, interminables, en que caía, sí, sobre todas las cosas, deformándolas y oscureciéndolas. Caía sobre todos los placeres que aún le quedaban, sobre el amor, sobre las páginas que amaba, sobre los recuerdos agradables. Porque se apoderaba incluso del pasado: como si hubiese existido siempre, como si nunca hubiera habido una época en que no existiese, una época de salud y juventud en que el cuerpo seguía el impulso de la alegría, la impulsaba. Sucedía algo parecido a la inflación, pero consistía en un atroz encogimiento: aquel mal iba devorándose despiadadamente los pocos ahorros de alegría que había podido reunir a lo largo de toda una vida. Pero quizá todo en el mundo estaba sucediendo como una inflación: la moneda de la vida se devaluaba diariamente; la vida entera era un especie de hueca euforia monetaria que había llegado a perder todo poder adquisitivo. La cobertura en oro- del sentimiento, del pensamiento -había sido despilfarrada; las cosas verdaderas ya tenían un precio del todo inasequible, en realidad desconocido.

Involuntariamente, se había puesto a ver si de sus pequeños ahorros quedaba algo. Caminaba por la calle que bordeaba el río, deteniéndose de vez en cuando para contemplar cómo fluía el agua fangosa, el tiempo, la vida.

Llegó a la casa de ella muy cansado; sólo tenía que subir un tramo de escalera, vieja escalera de peldaños bajos y gastados; pero ahora cualquier subida lo dejaba jadeante. Lo curioso, sin embargo era que el jadeo alejaba el dolor. Pensó que tendría que contárselo a algún médico; quizás existiese una terapia de jadeo: ¡descubren tantas...! Pero luego las desmienten, y vuelven a descubrir, y a desmentir. El hecho es que, así como la naturaleza es capaz de componer, a partir de unos pocos elementos, miles de millones de rostros distintos, en una variedad inagotable, lo mismo sucede oscuramente con las vísceras. ¿Qué puede saber de eso un médico? Aunque quisiéramos comunicarle lo poco que sentimos cada uno -sobre el corazón, los pulmones, el estómago, los huesos-, él sólo podría referirlo a las abstracciones, a los universales, aunque lográsemos describirlo con la máxima precisión, como Proust en la sala de espera de un dentista describió su dolor de muelas a Roditi, procurándole el consuelo de descubrir que coincidía con el suyo.

Tocó el timbre: notas de carillón, lejanas; siempre lo irritaban, y más ahora. Al cabo de unos minutos salió a abrirle ella, en bata: sabía que acababa de ponérsela para abrir la puerta. *No vayas desnuda por ahí.* Recordó, hacía muchos años, en un pequeño teatro de Roma (en la vía Santo Stefano del Cacco, donde también estaba su oficina y la del comisario Ingravallo, don Ciccio Ingravallo; las páginas de Godda le parecían tan veraces que el comisario Ingravallo era como si lo hubiese conocido en aquellas oficinas y no en aquellas páginas). Recordó a Franca Rame que se paseaba por el escenario, no desnuda, sino en camisa de dormir: no transparente, porque en aquel entonces incluso la transparencia, para no hablar de la desnudez, podía dar pie a que alguno de sus colegas se pusiera la banda tricolor y obligase a bajar el telón. Ahora ya no: ahora se desnudan sin problemas, tanto en el teatro como en la realidad; en su infancia desnudarse era considerado el colmo de la locura. -«Se desnudó»: motivo suficiente, si llegaba a exhibirse desnudo, para ponerle la camisa de fuerza, meterlo en la ambulancia y encerrarlo en el manicomio.

Ella andaba desnuda por la casa. Algo que, desde luego, como en la obrita de Feydeau, hacía las delicias de los vecinos de enfrente, pero que a él le había provocado arrebatos de celos. Ahora se reía de ello para sus adentros, y por eso se acordó de un *sketch* (de nuevo el teatro) de los hermanos *De Rege*. Aparecía uno con la cabeza vendada, un brazo escayolado y cojeando, todo por culpa de la gelosia*. Y a continuación se desarrollaba un diálogo basado en el equívoco de los celos (gelosia) de su mujer, hasta que se descubría que aquellas lesiones no se debían a un sentimiento sino a la caída de una celosía (gelosia): elemento concebido quizá para aliviar ese sentimiento homónimo y angustiante, pero que no guardaba relación alguna con él. Un sentimiento que parecía haber desaparecido últimamente, aunque quizás estuviese renaciendo. Sin connotaciones trágicas, al parecer, sino más bien por razones de asepsia.

En medio de esos pensamientos, que no cabía llamar pensamientos pues eran como relámpagos casi simultáneos, en el instante de vacilación que tardó ella en reconocerlo, en su estupor, el Vice se vio como en un espejo. Inexplicablemente, aquello le molestó mucho: como si ella lo hubiese hecho a propósito, uno de sus habituales -antes adorables- desplantes. Duró, junto con el arrepentimiento de haber regresado, sólo un momento.

-Al fin -dijo ella. Pero ¿de dónde sales? ¿Qué has estado haciendo todos estos meses?

-Primero estuve en Suiza: te escribí...

-Una postal -aclaró ella con tono avinagrado.

-Sí, una postal... Y últimamente en la oficina, con demasiado trabajo.

-¿Los hijos del ochenta y nueve?

-Los hijos del ochenta y nueve y otras cosas.

-¿Y en Suiza..?

-Un control médico. Muy cansador.

En italiano gelosia significa «celosía»y «celos». (N. del T.)

-¿Y qué...?

-Nada.

Se le leía en los ojos que no la había convencido; pero tuvo la inteligencia, la delicadeza, el amor quizá, de no insistir. Se puso a hablar de cualquier cosa, aunque siempre en relación con lo que le había sucedido desde que se vieran por última vez, y omitiendo todo reproche por su ausencia, por su silencio.

El la miraba adivinando bajo la bata ligera aquel cuerpo conocido, que había deseado y amado durante años, y quizá más cuando ella había empezado a sentir que la juventud la abandonaba, que su cuerpo se marchitaba: cuando había empezado a sentirse amenazada y ofendida, como si se tratara de una injusticia, de un vejamen. En él aquello hizo brotar un sentimiento de ternura que nutría su deseo y le confería una suerte de transparencia. Deseo y ternura: la serenidad después de la pasión de los primeros años, cuando sus encuentros tropezaban con toda clase de dificultades y daban lugar a malentendidos y caprichos que desencadenaban verdaderos huracanes de sufrimiento y desesperación. Después acabaron las dificultades, y con ellas la pasión. Desaparecieron aquellas reacciones tortuosas y obsesivas que quizás a ella le producían placer, pero que para él eran como esas enfermedades en que las oscilaciones de la fiebre, la alternancia de delirio y lucidez, van marcando las horas y los días. Sus encuentros siempre eran alegres: la alegría de los cuerpos, la única de la que ambos podían estar seguros: y no necesitaban pedir más: hacían viajes, a veces sin detenerse a fijar plazos e itinerarios, pero cada vez menos en los últimos años. Todo se alejaba, ahora todo era lejano. Le quedaba un sentimiento de ternura, que casi se había convertido en piedad. Era curioso que ahora todo lo que en él había sido sentimiento de amor o de aversión se estuviese transformando en piedad. Y aún más curioso que la memoria transfigurase en belleza aquellos remotos sufrimientos y desesperaciones. Todo mentía, incluso la memoria.

-Pero, ¿esos hijos del ochenta y nueve...?

-Estaban haciendo falta -pensó en el diablo del grabado de Durero-. Es necesario que el diablo exista para que el agua bendita sea bendita.

***

-Me parece que está más sereno -dijo el Jefe.

-¡Oh, si de serenidad se trata...! Yo diría más bien que casi he llegado, en cuanto a lo que sucede aquí dentro, a la indiferencia... Y perdone que le hable así, con una sinceridad de igual a igual: usted es mi superior inmediato y....

-No diga eso; siempre lo he tratado como un amigo, y comprendo lo que le sucede, sus sufrimientos... Y como amigo deseo hacerle una pregunta franca y clara: ¿que quiere? De mí, de nosotros, de todos los que estamos metidos en este caso.

-No quiero nada. A estas alturas, nada. Veo claramente que las cosas no pueden marchar de otra manera, que es imposible no sólo dar marcha atrás, sino incluso detenerse.

-Dígame la verdad: usted quería una orden de captura contra Aurispa -El hecho de que lo llamara Aurispa, y ya no el Presidente, revelaba en cambio que el deseo, el devaneo era suyo: una orden de captura contra Aurispa.

-Mire usted: cuando en otros destinos, por suerte ya no es éste, he tenido que ejecutar órdenes de captura, siempre me he sentido como uno de esos siniestros personajes que, en los vía crucis de las iglesias de campo, se acercan a Cristo para capturarlo. Por innoble que fuese la persona que debía detener, mi estado de ánimo siempre ha sido ése...La orden debía ejecutarse; a menudo, aunque no siempre, era justa: pero nunca he logrado sentir que aquello no me concernía.

-Ese sentimiento lo honra; pero nuestra profesión...Disculpe: ¿por qué no eligió ser abogado en lugar de policía?

-Quizá porque me hice ilusiones de que se podía ser abogado precisamente como policía...Pero no me tome en serio. No es cierto. Mentimos siempre, no hacemos más que mentir, sobre todo a nosotros mismos...De todas manera, no: no quería una orden de captura contra Aurispa; quería que nos concentráramos un poco más en él, en su vida, en sus intereses. Y sobre todo hubiese querido que se dejara en libertad a ese hijo putativo del ochenta y nueve...¿Dónde está ahora? Supongo que incomunicado, en una celda de dos por tres.

-¿Dónde quiere que esté?

-Así, entre amigos, si usted permite, y con sinceridad: ¿realmente cree que ese chaval forma parte de una organización subversiva que se ha estrenado asesinando al abogado Sandoz?

-No lo juraría, pero tal como las cosas están ordenadas....

-Desordenadas- corrigió el Vice, Y, para acabar con aquella conversación inútil, añadió-: He seguido su consejo: le he traído una petición de excedencia. Por dos meses. Creo que bastarán.

-¿Para qué? -preguntó el Jefe, dispuesto a prodigar consuelo.

-Para sentirme mejor, claro está.

Fue a su despacho, abrió los cajones del escritorio: cogió unas cartas, el librito de Gide sobre Montaigne, que se sabía de memoria, una cajetilla. Dejó otros cigarrillos, otros libros. Después se detuvo frente al grabado de Durero, dudó entre llevárselo o dejarlo. Decidió dejarlo: se divirtió pensando en lo que sucedería con él; sus sucesores creerían que formaba parte del despacho, como el plano topográfico de la ciudad y el retrato del presidente de la República; después alguien se daría cuenta que era una *renullius,* se lo llevaría a su casa o lo vendería a un chamarilero, en cuyo local alguien lo descubriría, y así se repetiría el itinerario por el cual las cosas llegan a las subastas más o menos encumbradas, a los aficionados, y después al aficionado. Que quizá sería alguien como él: un aficionado improvisado, inexperto.

Deambuló por la ciudad con una sensación de libertad que le pareció no haber sentido jamás. La vida seguía siendo hermosa, pero para quienes aún eran dignos de ella. Sintió que no era indigno de ella, y fue como si lo hubieran premiado. Era como para gritar: «Dios os ha dado un rostro y vosotras lo habéis transformado en otro», aunque no como Hamlet a las mujeres, a sus afeites, cremas y esmaltes, sino a todos lo seres indignos, a la masa indigna que estaba invadiendo el mundo; como para gritarlo al mundo, que se estaba transformando en eso: en algo indigno de la vida. ¿Pero acaso el mundo, el mundo humano, no había aspirado siempre, oscuramente, a ser indigno de la vida? Ingenioso y feroz enemigo de la vida, de sí mismo; pero al mismo tiempo había inventado muchas cosas amigas: el derecho, las reglas del juego, las proporciones, las simetrías, las ficciones,